

“ME IMPORTA UN BLEDO”

REFLEXIONES EN TORNO A LA HOMOFOBIA

Antonio Marquet*

a Gloria Careaga

Siempre me ha impresionado ver la reacción de júbilo de la clientela cuando en un bar o cantina gay se escuchan los primeros acordes de una canción de Alaska. La animación responde seguramente a la letra de la canción que confronta a un individuo con un entorno hostil.¹ “La gente me señala, me apunta con el dedo, murmura a mis espaldas... y a mí me importa un bledo.” Se habla de un estigmatizado que afirma “ser diferente a ellos.” La felicidad con que la estigmatizada habla de su diferencia y de su independencia, es un ideal que hay que alcanzar, un *mot d'ordre* con el que vive la comunidad gay. Ignoro cuáles serían los principios elementales con los que se rige la comunidad gay, y si existe algo como tablas de la ley, pero, a juzgar por el júbilo que la canción produce, uno piensa que, después de una infancia melancolizada de la que habla Roudinesco², en la que se ha atravesado una etapa como pasivo chivo expiatorio que nada puede hacer frente al imperativo injurioso que se ha cernido socialmente sobre él (Eribon), en un momento, al gay tiene que importarle un bledo. Hay que sobrevivir, como dice otra canción (a la homofobia, al VIH, a la marginación, en no raras ocasiones a la ruptura con la

familia, a la unánime hostilidad, a la soledad, al desconocimiento legal...). Independencia, beligerancia, entereza, optimismo y confianza en sí, serían algunos valores derivados reactivamente de ello para vivir el presente y pensar en el futuro³.

No sé cuál es la definición más operativa de homofobia, es decir, que tome en cuenta la universalidad de este fenómeno y la particularidad de los casos, que sea al mismo tiempo englobante y permita dar cuenta de lo que se escucha en el entorno, o lo que vivimos en carne propia, de lo cual no hay una conciencia precisa por ser un fenómeno tan amplio. No sé si exista, si es una expectativa teórica razonable, si los esfuerzos teóricos puedan llegar a circunscribirla, no sólo por ser tan basta y al mismo tiempo tan sutil, tan insidiosa y cínica, tan difundida e íntima (me refiero a la homofobia introyectada); sino por su carácter tan hábil y al mismo tiempo permanente, que le permite adoptar tantos rostros... ¿La única expectativa sensata es encaminar los esfuerzos a circunscribir algunos aspectos de la homofobia, planteándolos, a lo sumo, como *work in progress*? Las razones y los actos de una madre homofóbica⁴ difieren de los del niño que desde muy temprana edad se inicia en la homofobia; los

* Departamento de Humanidades, UAM-A.

¹ El presente texto fue elaborado en el “Seminario sobre Homofobia”, dirigido por Gloria Careaga en el Programa Universitario de Estudios de Género, de la UNAM en junio-dic, de 2003. Deseo expresar mi deuda y agradecimiento a su coordinadora y al grupo, en el seno del cual se discutieron los textos citados en la bibliografía.

² Elizabeth Roudinesco, *La famille en desordre*, Fayard, París, 2002.

³ Cfr. Plummer, citado más adelante.

⁴ En este rubro se podría analizar el siguiente hecho en el que se entrecruzan una serie de fobias (homofobia, sidofobia): “Discriminan a profesor seropositivo: El gobierno del estado de Nuevo León recibió una recomendación de la Comisión Nacional de Derechos Humanos (CNDH) para que reinstale en su puesto a un profesor de secundaria que fue separado de

aspavientos de una anciana homófoba, difieren de la furia de quien cose a puñaladas a un gay; las estrategias de los títulos del periódico amarillista difieren de las del chiste repetido hasta la saciedad. Por otra parte, hay una edad –la adolescencia– en que la tensión homófoba es más fuerte en los varones, hay situaciones sociales en las que se reconoce más fácilmente la homofobia (en clases desfavorecidas, en masas eufóricas, en grupos políticos extremistas, fundamentalistas, conservadores). Además, la homofobia –dirigida a varones homosexuales– puede o no coincidir con la lesbofobia. Parecería que la homofobia no suele ser un hecho íntimo, sino social, como lo señala Patrick D. Hopkins:

Because personal identity... is so heavily gendered, any threat to sex/gender categories derivately (though primarily non-consciously) interpreted as a threat to personal identity... A threat to manhood (masculinity) is a threat to personhood (personal identity)... for challenging- the regulatory operations of a gender system means to destabilize fundamental social, political, and personal categories (a profoundly anxiety-producing state), and society is always prejudiced toward the protection of established categories.⁵

sus labores al conocerse que es portador del VIH. De acuerdo con el documento de la CNDH, funcionarios de la Secretaría de Educación Pública estatal violaron los derechos a la igualdad y a la no discriminación por motivos de salud en contra del docente, a quien retiraron de sus actividades para asignarle funciones administrativas. Entrevistado por Notiese, el titular de la SEP de Nuevo León, José Martínez González, negó que se trate de un acto discriminatorio y arguyó que *la separación de las labores académicas del docente se debió a una serie de inconformidades y reportes que los padres de familia y la dirección del plantel interpusieron en su contra*. Añadió que la dependencia que él encabeza toma siempre en cuenta los derechos humanos de los individuos al momento de tomar una decisión.” “Notiese”, en *Letra S*, 2 de octubre de 2003. Como se puede adivinar, se trata de una medida de pseudo(sobre)protección compulsiva, absurda e ignorante, que no tiene otro efecto que marginar, perseguir: objetivamente los niños no corren peligro y los efectos de la medida son contraproducentes porque desde la escuela se enseña a marginar y a erradicar cualquier tipo de diferencia, lo cual sin duda resulta empobrecedor para la sociedad. Por otra parte, este ejemplo podría confirmar las posturas de la *Queer theory*, para la cual la homofobia es un proyecto institucionalizado.

⁵ Cfr. Patrick D. Hopkins, “Gender Treachery: Homophobia, masculinity and threatened identities”, en *Race, class, gender and sexuality: the big question*, Blackwell Publishers, Gran Bretaña, 1998. p. 171.

Además, hay ejemplos de clara homofobia estatal⁶. David Plummer, en un estudio que sigue la génesis en el vocabulario de los niños, señala cómo la homofobia nada tiene que ver en un principio con una práctica sexual (la homofobia queda firmemente establecida e introyectada mucho antes de que el sujeto llegue a la madurez sexual (tanto el homófobo como su víctima,) y se relaciona más bien con la integración del niño con sus compañeros, con el hecho de ser pacifista, gentil, ser obediente, diferente, “modosito”, aplicado en sus estudios o apegado a la madre, o con mostrarse dubitativo o cobarde; con rechazar el peligro o no ser desafiante, o simplemente con el hecho de juntarse con niñas), hace énfasis en la modernidad del fenómeno así como en la amplitud de este fenómeno cuyos contornos rebasan ampliamente el campo lesbiano y gay:

It is clear from a numerous studies that homophobia is a widespread, modern social phenomenon, which infiltrates many mainstream institutions and far exceeds the minority of people who become gay or lesbian. (p. 4)

Más adelante, afirma el autor que, independientemente de que el injuriado vaya a convertirse en homosexual o gay en el futuro, el hecho de que alguien sea apostrofado como maricón, pone en peligro su reputación: “words like poofter are considered to be among the most challenging terms to be used by boys, and are often accompanied by expectations that their reputation is at stake and their honor should be

⁶ Entre ejemplos de homofobia estatal, que la documentan como estrategia institucional, puede señalarse la encuesta aplicada a solicitantes de empleo que ha sido aplicada en varias partes de la república y que repite la administración panista de Naucalpan (Angélica Moya Marín) “Preguntas sobre si les atrae o no gente del mismo sexo, qué religión practican, si utilizan o no métodos anticonceptivos o incluso si acostumbran masturbarse, deben contestar aspirantes a trabajar en el ayuntamiento de Naucalpan.” A pesar de ello, la nota termina señalando que “reconocieron que fueron cuestionados sobre temas tales como la homosexualidad, religión, aborto, la existencia de Dios y salud, “pero nunca nos examinaron sobre nuestras aptitudes profesionales”” Cfr. Jiménez, Rebeca, “Los cuestionan sobre sexo al pedir empleo”, *El Universal*, 18 de septiembre de 2003, ciudad, p. 3.

defended.” (p. 7) Por lo tanto, el proceso de estigmatización de un gay ha concluido mucho antes de que tenga relaciones sexuales. Uno es maricón, joto, puto, mucho antes de perder la virginidad, o de imaginar siquiera la primera experiencia que, por lo demás, puede ser también traumática e incide en este proceso de marginación.⁷

Después de leer el artículo de Plummer, la masculinidad me aparece como una constelación señuelo, un principio social que manipula al sujeto quien para ser, para constituirse como sujeto, tiene que alienarse, moldearse a los dictados del otro. Ajustarse a presiones, para convertirse en algo que nunca llegará a ser, porque la masculinidad en su dimensión imaginaria, actúa como el dinero: nunca es suficiente; nunca hay demasiada y habría que demostrarla en cualquier momento. Resulta una forma privilegiada de alienación

⁷ Si el niño es polimorfo y perverso, tal como lo señaló Freud en sus *Tres ensayos sobre sexualidad*, es decir si la sexualidad es polimorfa y perversa, entonces las opciones de realización son muchas. Habría que investigar cuáles serían las consecuencias de este proceso estigmatizador en las elecciones de la adolescencia y la edad adulta. Sin duda, la sociedad produce homosexuales, bisexuales, heterosexuales, perversos... (todas estas realizaciones administran de manera diferente esa sexualidad polimorfa y perversa en relación con la represión y las concepciones genéricas, arbitrarias, ideologizadas, prejuiciadas... Sin duda, uno de los sentidos del proceso de educación es actualizar algunas de esas posibilidades y reprimir la gran mayoría. Esta represión se da tanto en heterosexuales, como en homosexuales, bisexuales. Los montos de represión sin duda varían; las posibilidades de realización pueden ser permanentes, pasajeras, ocasionales...

En cuanto a la polimorfía perversa del niño, me gustaría evocar tres conocidos párrafos de *Tres ensayos para una teoría sexual* (1905). Desde el inicio, en “(3) Generalidades sobre las perversiones en conjunto” Freud afirma que: “**Variación y enfermedad.**— Los médicos que primero estudiaron las perversiones en casos típicos y bajo condiciones especiales se inclinaron, naturalmente, a atribuirles el carácter de un estigma patológico o degenerativo, como ya vimos al tratar de la inversión. Sin embargo, es más fácil demostrar aquí, en los casos de inversión, el error de estas opiniones. La experiencia cotidiana muestra que la mayoría de estas extralimitaciones, o por lo menos las menos importantes entre ellas, constituyen parte integrante de la vida sexual del hombre normal y son juzgadas por éste del mismo modo que otras de sus intimidades. En circunstancias favorables, también el hombre normal puede sustituir durante largo tiempo el fin sexual normal por una de estas perversiones o practicarla simultáneamente. *En ningún hombre normal falta una*

subjetiva. Para ser, el sujeto tiene que ser otro, pero esto no se produce en la dimensión de la afirmación rimbaudiana, “Yo soy otro” (que revela la riqueza subjetiva): lo importante es que para ser hay que ajustarse a los dictados de un otro (bi)polarizador, que organiza el universo con la oposición de masculinidad y lo otro. El sujeto, en tales circunstancias, no tendría posibilidad ni derecho a ser como es.

A pesar del carácter fragmentario e insatisfactorio de las teorías sobre la homofobia, sé que toda lesbiana, gay u homosexual, lleva inscrita la marca profunda de la homofobia en la piel, en la conciencia, en la memoria, en la historia personal y colectiva, en la Historia de una comunidad que no se ha escrito sino de manera fragmentaria y parcial. Que la existencia de la homofobia tiene algo que ver en la apetencia por la vida nocturna, que ella tiene que ver con la provocación del atuendo

agregación de carácter perverso al fin sexual normal, y esta generalidad es suficiente para hacer notar la impropiedad de emplear el término “perversión” en un sentido peyorativo.” Luego afirmará que “Ante la gran difusión de las tendencias perversas se nos impuso la hipótesis de que *la disposición a las perversiones era norma primitiva y general del instinto sexual humano, partiendo de la cual se desarrollaba la conducta normal sexual a consecuencia de transformaciones orgánicas y de inhibiciones psíquicas, aparecidas en el curso de la maduración.*” Por último, en “4) Las manifestaciones sexuales masturbatorias” del segundo ensayo “La sexualidad infantil” se encuentra uno de los párrafos más citados de Freud: “Disposición perversa polimórfica.— Es muy interesante comprobar que bajo la influencia de la seducción puede el niño hacerse polimórficamente perverso; es decir, ser inducido a toda clase de extralimitaciones sexuales. Nos enseña esto que en su disposición peculiar trae ya consigo una capacidad para ello. La adquisición de las perversiones y su práctica encuentran, por tanto, en él muy pequeñas resistencias, porque los diques anímicos contra las extralimitaciones sexuales; o sea, el pudor, la repugnancia y la moral, no están aún constituidos en esta época de la vida infantil o su desarrollo es muy pequeño. El niño se conduce en estos casos igual que el tipo corriente de mujer poco educada, en la cual perdura, a través de toda la vida, dicha disposición polimórfica perversa, pudiendo conservarse normalmente sexual, pero también aceptar la dirección de un hábil seductor y hallar gusto en toda clase de perversiones, adoptándolas en su actividad sexual. Esta disposición polimórfica, y, por tanto infantil, es utilizada por la prostituta para sus actividades profesionales, y dado el inmenso número de mujeres prostitutas y de aquellas a las cuales hay que reconocer capacidad para la prostitución aunque hayan escapado a su ejercicio profesional, *es imposible no ver en esta disposición a todas las perversiones algo generalmente humano y originario.*”

del travesti, con la ausencia de igualdad ante la ley... en una palabra, la homofobia ha sido transformada en un principio que modela la vida individual y de la comunidad: si no hubiera habido agresiones sistemáticas de la policía, no habría desfile del orgullo gay, ni se hubiera pensado en salir del clóset, ni hubiera florecido la cultura gay...⁸

Homosexualidad e injuria

Atravesado por la tradición ensayística francesa, el de Eribon —texto que invita a relecturas—, es un ensayo cuya estrategia consiste en dirigir herramientas teóricas de diversas disciplinas hacia un punto nodal: la injuria homófoba. En la primera parte, Eribon reflexiona desde la lingüística, la filosofía, la literatura, la historia cultural, la antropología y no se encierra en el ámbito francófono (incluso sorprende la inclusión de un ejemplo mexicano). La curiosidad de Eribon es amplia; su disciplina y rigor lo son aún más, en un ensayo que pasa por la biografía y la historia personal. A Eribon le va la vida, y es justamente con las entrañas con las que están hechas esas *Reflexiones*. Por ello, además de ser una deslumbrante lección de un *maître à penser*, de un gran investigador, su libro es “entrañable”.

A partir de dos casos tomados de la prensa mexicana, abordaré tales *Reflexiones*. El primero pertenece a la cancha de fútbol; el segundo, a las artes plásticas. Ambos ponen en relieve algunos aspectos del sitio que ocupa la homosexualidad en el discurso social mexicano.

Uno

Con seño fruncido, y camiseta con un logo en el pecho, el goleador aparece envuelto con un halo de violencia

que lo acompaña: intrafamiliar y pública. Propina golpes a su esposa y en la cancha no sólo a jugadores, sino a los mismos espectadores. Sobre las razones que lo llevaron a golpear a un aficionado en la cancha, Cuauhtémoc Blanco es categórico: “Me dijo que me iba a matar y que yo era un maricón”¹⁰. A pesar de que Blanco habla de insultos, no menciona otro que el adjetivo maricón, que seguramente es un eufemismo para no decir “puto”, palabra más *ad hoc* en este tipo de confrontaciones verbales¹¹. El extremo de la amenaza de muerte y la injuria homófoba constituyen argumentos de peso que lo exculpan de su comportamiento agresivo. El adjetivo maricón funciona como varita mágica capaz de explicar y justificar todo. Es sintomático que el jugador coloque en el mismo nivel las amenazas de muerte y lo que él considera como un insulto que va más allá de lo que un “hombre” puede, o debe, soportar. Muerte física y muerte social (así se traduciría el ultraje “maricón”) están en el mismo nivel.

En la sociedad, la violencia existe. Violencia familiar, violencia social, violencia institucional, violencia racial, violencia sexual, violencia psíquica... Con gran poder de metamorfosis y una panoplia apenas imaginable, la violencia circula. Esto no se lo van a venir a contar al habitante de la región más transparente, en donde según las estadísticas la población considera que la violencia es uno de los graves problemas, si no el mayor. Sin embargo, la violencia dirigida al homosexual es diferente porque éste se produce en el vértice de ella. Su identidad articula un *continuum* que asegura el paso de violencia familiar a violencia social; de violencia grupal a violencia discursiva. Desconocido, descalificado, perseguido, injuriado: históricamente el homosexual ha sido pecador, enfermo, traidor, criminal, transgresor, extraviado, un ser grotesco. En lo social se crea el simulacro de que es temible (para activar con mayor facilidad los mecanismos de persecución contra él): una práctica homofóbica común sobreexplota la

⁸ Plummer señala que “it also has to be acknowledged that gay men (and lesbians) have engineered many positive outcomes in the face of homophobia, such as defiance, strength, independence, cohesion, collectively empowered health initiatives, community formation and gay culture.” (Plummer, p. 9).

⁹ Didier Eribon, *Reflexiones sobre la cuestión gay*, trad. de Jaime Zulaika, Editorial Anagrama, Barcelona, 2001. 522 pp.

¹⁰ “Reaccioné con golpes porque me amenazaron e insultaron: Blanco”, en *La Jornada*, 29 de octubre de 1999. p. 85.

¹¹ El mismo uso del eufemismo en el reportaje implica una puesta en funcionamiento la maquinaria homófoba: no es aceptable decir la homosexualidad con toda la violencia injuriosa, con la violencia con la que se vive. Eso resulta intolerable.

dimensión fuera de la ley que tiene alguno de los márgenes del enorme continente que es la homosexualidad: en esta perspectiva, el homosexual queda reducido al que abusa de menores. Un ser que con un camuflaje asecha tras el sacerdote, el profesor: la condena al homosexual entonces adopta la cruzada en defensa y prevención del abuso de menores: los delitos cometidos por algún homosexual, pasan a ser considerados un hecho de la naturaleza de todas las homosexualidades. En este contexto, la persecución al homosexual se justifica porque sería un incitador, un proselitista que invita a la depravación. Alguien que utiliza su posición de fuerza, su sotana, su investidura para violentar a desvalidos. Es la imagen más proterva. De tal forma se convierte en el perverso que tuerce y causa daños irreparables en inocentes.

La injuria es una cita. Quien la realiza toma la investidura del discurso hegemónico y desde allí descalifica: niega al otro cualquier rasgo, cualquier atributo. El injuriado existe como lo monstruoso, en la cloaca, WC de lo admitido socialmente. Con la injuria se desvanece cualquier característica o cualidad individual. Su personalidad es borrada; literalmente nada positivo le queda. Además del carácter masivo que significa el ataque injurioso, no se puede responder a un insulto porque el homosexual recibió una educación y un modo de pensar a través de ese código axiológico heteronormativo que ha quedado grabado en él: ese sistema de valores lo mantendrá en los márgenes. Al homosexual le resultará difícil escapar de una homofobia internalizada.

Es a través de la injuria como el gay cobra conciencia de su diferencia, de su sexualidad. Antes de que pueda definir o afirmar su gusto por su mismo género, sus inclinaciones, alguien le asesta la etiqueta. No hay manera de acceder a la homosexualidad sino de manera traumática; la gaydad sería, entre muchas otras cosas, un proceso de desmontaje parcial de ello.

Dos

No existe la disyuntiva de estar en el clóset, o fuera de él; paradójicamente el gay está en ambos mundos. En

la comunidad gay, pero también en el universo heteronormativo, en el que se define por rechazar aquello que constituye el núcleo de la identidad del gay. Alberto Ruy Sánchez al describir la obsesión de Soriano por las ventanas y los umbrales, por ese límite que al mismo tiempo define interioridad y exterior, y le permite estar en dos mundos, señala algunos de los puntos que pueden auxiliar a comprender la doble perspectiva que es la del gay:

Así, cuando Juan Soriano se obsesiona a lo largo de los años con las ventanas, nos muestra que todo es ventana en su obra porque todo sucede en el umbral de dos mundos. A la vez todas las cosas, los animales o las personas son seres iluminados, y se sitúan en ese umbral hacia lo desconocido. Van hacia él o vienen de allá; tal vez están justo en medio, sintiendo la tensión de ambas atracciones contrarias. ¿No son todos sus animales seres en el umbral de dos mundos? ¿No son sus naturalezas muertas escenas en el umbral? En un libro de 1987, *Juan Soriano, autorretrato*, el artista le declara a María Teresa Márquez su obsesión por los umbrales: "Las puertas y ventanas siempre me han impresionado. Encierran la tradición como una caja fuerte. Determinan campos, espacios, un estar o no estar completamente adentro o completamente afuera. Adentro hay algo que en cierta forma te está vedado: entrar a la intimidad o salir de ella. Algo semejante ocurre en el marco de un cuadro. En la pintura ese subterfugio toma otras dimensiones porque nos obliga a separar, a deslindar una situación pictórica. Además, al hablar de puertas y ventanas sigue persistiendo en mí la idea de muerte, porque la puerta y la ventana están aguardando eso que es la muerte."

Es posible relacionar esta colocación de estar permanentemente en el umbral con uno de los hechos capitales de la vida del homosexual, con salir del clóset, que ciertamente es acto fundacional, pero al mismo tiempo un largo proceso que exige un enorme monto de energía emocional, y que, según Eribon, nunca termina. El homosexual nunca está completamente dentro del clóset, porque por lo menos existe una persona que conoce o sospecha de su inclinación; ni tampoco está completamente fuera de él porque

indefectiblemente surge la obligación de callar la identidad en alguna situación. Como lo he señalado en otro sitio respecto a Salvador Novo¹², el homosexual vive en una atopía. Permanentemente está fuera de lugar: si permanece en el clóset, es objeto de desconfianza, tachado de hipócrita, alejado por sospechoso; se le considera doble, fingido, y se le considera capaz de traición. Si, por el contrario, sale de él y se declara abiertamente homosexual, entonces hay que tacharlo de exhibicionista, acusarlo de escandaloso, impúdico; subrayar su falta al decoro, a la discreción...

De acuerdo con Eribon, a pesar de que se pueda poner en tela de juicio la existencia de la comunidad homosexual, la unidad de los gays está sellada por la experiencia que cada sujeto ha acumulado en la sociedad homófoba. Para pensar la comunidad gay, Eribon utiliza muy productivamente la oposición sartreana de colectivo pasivo (cúmulo de individuos alienados que carecen de objetivo común, dominados por un pensamiento serial, el de la impotencia; sin embargo, el colectivo existe a pesar de los individuos, inconscientes de su existencia) y el grupo (que se forma como rechazo a la alineación y es una unidad no padecida, sino producida por una voluntad de cambio; los individuos que lo conforman poseen un objetivo común y una estrategia determinada para lograrlo). No es en tanto que homosexual como se puede luchar contra la homofobia, es como gay, como sujeto que ha asumido socialmente su homosexualidad. Es con sujetos gay con una comunidad gay constituida como se puede librar la batalla contra la homofobia, teniendo en cuenta que:

El sueño de un mundo mejor, despojado de racismo, de antisemitismo y la homofobia, debe obviamente arrumbarse, con la “salvación imposible” de que Sartre habla en *Las palabras*, en “el trastero de los accesorios”. No hay etapa de reconciliación general después de la “rebel-día”, como tampoco hay un más allá de la

“dignidad” y del “orgullo”. La dignidad y el orgullo deben reafirmarse sin cesar, y no podrían superarse en un improbable “fin de la historia” que vería realizarse la reconciliación general en la universalidad y la indeterminación. (p. 188)

En este impasse, para arrancarse la mordaza del silencio y la injuria, es preciso tomar la palabra a través de la áscesis foucauldiana de la creación de sí, que al igual que salir del clóset, es un proceso parcial, interminable¹³.

En la segunda parte de *Reflexiones sobre la cuestión gay*, Eribon pasa a bosquejar la historia de la génesis del movimiento gay a partir de la segunda mitad del siglo XIX: los padres del movimiento serían Whitman, Pater, Symonds, Wilde, Gide, Proust.

Frente al duro golpe que asestó el discurso heteronormativo a un homosexual que se levantó contra la homofobia, y junto con él a la comunidad gay, frente al carácter ejemplarizante de este castigo, de condenar a trabajos forzados a un artista que dio una de las obras más leídas de la literatura inglesa, se articula el desacuerdo de los homosexuales de aquel momento: Gide, disgustado por la imagen de la homosexualidad que promueve Proust, quien, a su vez, también está en desacuerdo con los gays del momento. Anteriormente el acuerdo era también imposible si se juzgan las posturas contrapuestas de Pater, Symonds, Wilde. Cada uno de estos liberadores se enfrenta solo a la sociedad pretendiendo persuadir de su verdad, y que aceptaran su visión, en ocasiones aún a costa de los otros con los cuales difieren en detalles o de fondo. La lentitud de los avances, la atomización de las visiones y de las fuerzas, el hecho de que estén más cuidadosos de defenderse de los mismos homosexuales, ha sido la constante de la historia de las comunidades gay. No hay solidaridad, no hay grupo, sino colectivo, sartreanamente hablando. Poseedores de una verdad original, ninguno se preocupa por apoyar la idea del otro, sin

¹² Cfr: “Las chicas de Donceles”, en Antonio Marquet, *¡Que se quede el infinito sin estrellas!: la cultura gay a fin del milenio*, Universidad Autónoma Metropolitana-Azc., México, 2001. 600 pp.

¹³ Más adelante se analiza la propuesta teórica de Guillermo Núñez Noriega quien propone homofilia y heterofilia que responde a este reto.

pensar en que, aunque no compartan tal idea, tal interpretación, tal propuesta, de todas formas favorece al sujeto y pone en relieve la diversidad de una comunidad que no es homostandarizada. En el colmo de lo paradójico, parecería que es mejor identificarse con el discurso homófobo a ser confundido como partidario de las ideas de otro homosexual con quien disienten. Parecería que su destinatario privilegiado es el discurso heteronormativo, y no el homosexual (que no existe): procediendo de esta manera el efecto es contrario, puesto que esa es la mejor manera de aislarse.

El acercamiento de Eribon a la literatura va del autor al texto. Indaga sobre las condiciones del autor que estudia su biografía para explicar su posición respecto a la homosexualidad, así como la manera en la que transformaron su postura sexual en materia prima para sus proyectos narrativos; y la importancia que tuvieron sus escritos para otros lectores. De tal forma, la condena de Wilde tuvo eco en la postura de Gide y la de Proust. Uno comenzó a armar un dossier que lo llevó al panfleto *Corydon*, mientras Proust se basó en el caso Eulenburg. Al terminar de leer *Reflexiones sobre la cuestión gay*, queda claro un punto fundamental: es preciso crear una crítica literaria desde la comunidad gay para esa literatura gay que ha dado un rostro a la comunidad ya que “esa identidad la crean los propios gestos que se proponen liberarla” (p. 210). Sin un programa rígido, el marco general consiste en averiguar el proceso de resubjetivación que emprende el creador homosexual a partir de su experiencia en el mundo de la injuria y de la homofobia que vehicula en ese momento el discurso social.

Homofobia y patriarcado

En “Homophobia as a weapon of Patriarchy” de Cindy Lefevre se articulan conceptos de poder, patriarcado, jerarquía, obediencia, sumisión, responsabilidad. Ella funda el origen de la homofobia en el entramado que desde su punto de vista constituye a la sociedad. El patriarcado es un sistema de poder que fomenta tanto la sumisión –de donde se desprende la ausencia de responsabilidad (ejemplo de ello es el hecho de que

siempre es otro, el superior quien tiene la responsabilidad y a la postre, nadie es responsable de nada, puesto que solo cumple órdenes superiores)- como la homofobia, una forma de perseguir a quienes por haberse negado a alinearse ya no son controlables. La lógica implícita en esto dictaría que hay que acosar, destruir aquello a lo que no se controla. En este contexto, además de perseguir, se “etiqueta”, una forma simplificadora de evitar el razonamiento. Poner etiquetas contaría además con una función publicitaria capaz de amilanar a cualquiera que pudiera poner en duda el sistema patriarcal. El patriarcado fomenta la creación de una sociedad estrictamente jerarquizada, desigual, antidemocrática. En este caso, jerarquía trae consigo obediencia, sometimiento, acatamiento de órdenes que vienen desde una instancia superior.

Por otro lado, Cindy Lefevre advierte que sus afirmaciones provienen de la observación de su alrededor y no de una investigación profunda. Desde ese punto de vista, repite que la homofobia nace del hecho de que la sociedad no puede controlar al homosexual, y que el homosexual, lesbiana o gay escapa de ese control. Esto que fundamenta su disertación, tendría que ser revisado, puesto que la homosexualidad no es sinónimo absoluto de libertad o de rebeldía radical. Al escucharla uno supone que el homosexual es arquetipo de la libertad, de la independencia y de un espíritu creativo; que un homosexual es alguien que cuestiona, que no se somete. Mientras que los heterosexuales serían una mezcla de sometidos al mismo tiempo que dominadores. Gente de poder y guardianes de la norma, de la convención, del orden. Lo cual tampoco es totalmente cierto. Me parece que también en los homosexuales hay un diálogo entre ese espíritu cuestionador, y la sumisión. Basta pensar en dos ejemplos: el travesti, y el homosexual que acentúan sus rasgos de masculinidad. ¿Es el travesti que vemos en las pistas del Butterfly un ser que cuestiona o una persona que desesperadamente quiere ser como una mujer heterosexual, una diva, una vampiresa o una seductora; parecerse a alguien que estaría más del lado del símbolo sexual? Me parece que en esa propuesta que aparece en los shows internacionales y nacionales que se repiten en las pistas de diferentes bares de la capital y la provincia, no hay demasiada originalidad.

Y me inclino a pensar que en su dinámica hay un esfuerzo desesperado por ajustarse a los cánones dictados por una sociedad patriarcal que es denunciada en las notas de Cyndy Lefevre.

Por otro lado, la construcción de un aspecto homosexual incuestionablemente masculino (el gay que pasa horas en el gimnasio para sugerir fuerza a través del volumen de los bíceps; lleva tupido bigote, usa cabello corto, exhibe fuerza, y hace un calculado despliegue de masculinidad), es un esfuerzo por corporeizar una ilusión de masculinidad intachable, sin descuidar rasgos primarios y secundarios, y así rinde culto a la desmesura peniana, en un esfuerzo por apoderarse de la idea misma de la masculinidad, de los rasgos del padre, sin cuestionarlo. Se venera al patriarca, ya sea en su aspecto amable como puede ser el Oso (hombre robusto, barbado, de pelo en pecho, fuerte y varonil: rasgos visibles del patriarca). O se ama al chagal, su versión sexual, más cercano al padre de la horda primitiva, que reúne las actitudes más deleznable del sistema patriarcal, en el sentido de que es sólo desmesura y performance peniana, (de eso presume). Por otro lado, ¿qué es el video porno homosexual? sino una serie de escenas que tienen como objetivo la exhibición de falos desmesurados en erección en donde hay efectividad peniana exclusivamente, escenario privilegiado para el semental. En estos burdos ejemplos, los homosexuales desgraciadamente no son radicales. Por el contrario, parecen conservadores; más sumisos que revolucionarios.

Las propuestas de Lefevre en cuanto a situar el origen de la homofobia en el sistema patriarcal, parecen adecuadas, como también su descripción de este sistema como un sistema que concentra todo el poder en el patriarca y cuya función es la propiedad y la reproducción del poder. Al mismo tiempo no sé hasta qué punto, hay cierta complicidad del homosexual con ese sistema. Ignoro hasta qué punto la homosexualidad podría considerarse como una posible forma de sostener ese sistema patriarcal, a través de la falocracia gay y la obsesión por apoderarse de ese bien que es el centro en el que descansa el patriarcado: el pene en erección.

Los masculinos, los travestis han apostado pasionalmente; se juegan el todo por el todo en un camino

(búsqueda de la esencia de la masculinidad, búsqueda de la esencia de la femineidad) que lleva al exceso. Obsesiva y obcecadamente pugnan por esa opción sin temer un cierto monotematismo estéril. ¿No sería más interesante apostar por el enriquecimiento? Esas dos formas extremas significan dos formas de colocarse ante la femineidad y ante la masculinidad, en primer lugar como si éstas fueran esencias. Buscan formas puras sin contaminar. Ahora bien, esa masculinidad puede verse como una manifestación de misoginia que consistiría en eliminar compulsivamente aquello que pudiera resultar femenino. En esta estrategia estaría implícito un “me permito ser homosexual a condición de librar una lucha sin cuartel a todo lo que haya de femenino en mí”. Mientras que el travestismo puede ser una forma de volver a lo femenino grotesco, ridículo. Esas figuras son prototipos de la exageración, del mal gusto, de la mujer objeto que es todo busto o toda nalga. Es la celebración de la mujer como objeto al servicio ya no del macho sino del pene.

Tres momentos de Guillermo Núñez Noriega

Extender entonces la mano
Es hallar una montaña que prohíbe,
Un bosque impenetrable que niega,
Un mar que traga adolescentes
rebeldes.

Luis Cernuda

Después de definir la homosexualidad como “Una forma de resistir y transformar la cultura opresiva en la que vivimos, es cuestionar los modelos hegemónicos. Es un acto generoso, es un acto político.” en “Deconstruyendo la homofobia. Una lectura política del erotismo”, se articula normalidad, violencia, miedo, ansiedad; miedo a amar y miedo a perder poder. “El ideal hegemónico de masculinidad... cuando se internaliza, produce miedo, ansiedad, porque se basa en la represión constante de una dimensión irrenunciable de la vida, el eros polimorfo y perverso.” (p. 4) Guillermo Núñez Noriega define la homofobia como “actualización de la identidad masculina considerada normal.” Mientras que el asesinato homofóbico es considerado como “objetivación de un terror interno.”

(p. 5). Socialmente, sin embargo, el efecto es diferente: el hecho de que en el grupo haya un homosexual, genera sentimientos de vergüenza y deshonra grupales, generadores de más homofobia y de aislamiento. Guillermo Núñez Noriega denuncia una tecnología social que alienta la homofobia, a través de leyes, propaganda, de los aparatos de difusión y las instituciones.

El “modelo dominante de masculinidad está basado en la represión y menosprecio de las dimensiones placenteras y afectivas, amorosas, y en el privilegio de valores como la fuerza, la invulnerabilidad, la autosuficiencia emotiva, la racionalidad; y de una red institucional que normaliza y apoya.” (p. 7)

A pesar de las reservas que se pueden formular¹⁴, “Deconstruyendo la homofobia. Una lectura política del erotismo” tiene valor testimonial sobre todo en la primera parte, cuando el autor habla en primera persona (para definir su malestar en cuanto a la tolerancia como respuesta mitigada y arrogante contra la homofobia) y al final cuando Guillermo Núñez Noriega, habla desde un nosotros de su testimonio y señala como “razón profunda de este ensayo: que intimen conmigo independientemente de su sexo, que me dejen intimar con ustedes independientemente de mi sexo.” (p. 12) Esta dimensión confiere al ensayo mayor interés en el sentido de que el investigador se juega, se exhibe frente a su auditorio y demuestra que su objetivo no es sólo teórico: los *enjeux* ya no están exclusivamente en el terreno demostrativo, sino también en el terreno emotivo, intersubjetivo.

Para proceder al comentario, propongo diferenciar dos niveles en el artículo: por un lado el arsenal conceptual y por el otro el lado personal, íntimo. La misma colocación en dos dimensiones revela tanto la dificultad del tema como la necesidad de crear una estrategia para abordarlo en la cual la biografía personal

no puede estar reñida con el lado teórico, ni la dimensión testimonial, puede desligarse del prurito conceptual y demostrativo. Hablar de homofobia en otros términos como lo propone el autor desde el inicio implica además proponer un dispositivo tanto teórico como emotivo. El texto está más allá de ser meramente un ensayo, un artículo, una conferencia o un testimonio: tal proceder no debería estar ausente en la reflexión actual de la comunidad gay.

Quizá lo más novedoso y polémico del texto es que Guillermo Núñez Noriega plantea la sustitución de homosexualidad y heterosexualidad por los conceptos homofilia y heterofilia. La primera consiste en el poder para establecer relaciones con homosexuales, y es definida como una acto de empatía. “La homofilia tiene como sustento una cualidad de relación: la posibilidad de construir lazos de intimidad”. La segunda es la capacidad de tener relaciones con personas con sexo diferente. Por lo tanto, la nueva persona, despojada de su heterosexualidad y homosexualidad debe alojar ambas posibilidades, ser homófilo y heterófilo, para que advenga la nueva sociedad. Y plantea que cuando exista un sociedad heterófila y homófila, en ese momento “nos trataremos como personas, como seres humanos capaces de establecer relaciones íntimas entre nosotros” (p. 12). Guillermo Núñez hace esta declaración después de haber señalado que en el mundo heterosexualista está prohibido la intimidad y la apertura al otro. Al proceder de esta manera, Guillermo Núñez desplaza el problema de la homofobia a la capacidad de abrirse, de mostrarse vulnerable y a la empatía con el homosexual, cuya estructura deseante sería reconocida por quien practica el amor con personas de sexo diferente, en su transformación homofílica. Sin embargo, resulta improbable, a estas alturas del proceso de salida del clóset, que un homosexual renunciara a jugarse como tal, a no presentarse como gay, para llamarse homófilo. Desde mi punto de vista, no se abandona la gaydad como posición que es la que nos ocupa y es desde donde pensamos la homofobia. La comunidad ha apostado todo a ello, está profundamente involucrada con ella, hay una larga historia que no sólo es personal, sino también, por haberla asumido, colectiva y genérica. Yo me dirijo, en primer término a quien tiene una historia de persecución

¹⁴ Frente a la desmesura del título de la conferencia –aspecto que debe ser tomado en cuenta–, el texto apenas explora el tema y propone una solución poco operativa. En efecto, la vastedad de los términos homofobia, política, erotismo contrastan con la brevedad de un texto que no siempre resulta claro, que no está exento de contradicciones, y que resulta enunciativo más que analítico.

inscrita en la piel y en la memoria, como señalé al principio. A este respecto, quisiera retomar la canción de Alaska cuando dice: “Me apuntan con el dedo y a mí me importa un bledo.” No es que a mí me importe un bledo la homofobia. Tan es así que escribo sobre ella. Pero ha sido necesario en algún momento de la biografía individual que a uno “le importe un bledo” para que un homosexual se transforme en gay. Ciertamente no le importa un bledo la homofobia en nombre de la cual es estigmatizado, perseguido, befado, sino los procedimientos de una sociedad heteronormativa que enjuicia. Esta forma de defensa y de liberación, esta distancia, es precisa para pensar en la propia situación, para diseñar estrategias diferentes.

Quizá uno de los aspectos más atractivos de los textos de Guillermo Núñez Noriega son los ejemplos que trae a colación y que se presentan bajo la forma de relatos breves. Se trata en este texto de tres escenas que deben ser explotadas a través de un análisis, mismo que Guillermo Núñez Noriega no hace, aunque no hay que desconocer la enorme capacidad que tiene para recogerlas. Sin embargo, en la segunda estampa de este artículo, en el testimonio de Alejandro, se debe estudiar lo que llamaré la doble coartada del heterosexual. Cito *in extenso* el testimonio:

Habla Alejandro: nos habíamos mirado como diciéndonos algo, que había interés. Se metió a un baldío a orinar y me miró. Yo me metí también y le saqué platica. Le dije que era casado. El me habló de viejas, de que venía caliente, lo que dicen los hombres cuando orinan como para establecer distancia, tú sabes. Pero al rato yo me acerqué más, él como que quería y no. Le digo “entonces qué ondas?” mientras le toco levemente la pierna. “No nada”. Le pregunto “no te gustaría cotorrearla con batos?”, y me dice “no, pues solamente si hay feria”. “No pues no”, le digo. “Yo lo hago por placer”. El bato como que se sacó de onda y me dijo “así que eres puto”; yo me molesté y sin calcular las consecuencias le digo: “el prostituto eres tú porque cobras”. El bato se encabronó y se abrió, empezó con una habladora de que él no era prostituto, de que yo era puto, de que por eso pasaban las cosas que pasaban, que el sida, que el mundo, que el país estaba como estaba por

gente como yo... Me tiró chingazos, me defendí y como que yo estoy más grande me tuvo miedo y empezó a gritarle a la policía. (p. 6)

Parecería que desde el punto de vista heterosexual, es preciso (re)confirmar que el homosexual es el otro. Si en la aventura hay dinero, si la sexualidad es colocada en el ámbito comercial y existe ganancia, entonces el heterosexual puede permitírsela. Siempre y cuando él fuera activo, y al que le pagan. Gana dinero, gana placer, gana su conciencia que es engañada con el señuelo pecuniario, mientras que el otro (activo, el que hace todo) sería el homosexual. Es el otro el que tiene que pagar, es el otro el que debe ser mantenido en el polo del rechazo, el que debe hacerse cargo de lo humillante. Resulta paradójico que ninguno de los dos *partenaires* acceda a colocarse en esta situación, y se definan verbalmente como heterosexuales.

En el relato, quien al final es tratado de puto, es el que se acerca, quien aborda, inicia el diálogo, toca el cuerpo del “heterosexual” y propone la relación, es el elemento activo. El supuesto “heterosexual”, el elemento pasivo, por su parte, entra en el terreno baldío (con el objetivo de que lo siga el otro), con la esperanza de que lo aborde un “cliente” que ha mordido el anzuelo, con la expectativa de que lo haga gozar y como corolario le permita pensar aún en la coartada para su conciencia de que el incidente se dio porque el otro insistió, porque lo acosó y le ofreció dinero. Incluso, desde su perspectiva, se prestó a lo que nadie toleraría como lo es mostrarse pasivo. El “heterosexual”, interpelado como prostituto en el testimonio, iba por todo: quería ganar en el terreno sexual, en el plano económico, en el plano de superyóico: la suma de éxitos en estos tres terrenos halagarían su narcisismo. El “heterosexual” pretende colocarse como objeto de deseo fuertemente investido. Lo es a tal punto que no sólo alguien lo sigue hasta un sitio inesperado como un baldío sino que lo aborda y después de todo ello esperaría que se le pagara. No es remoto que llegue a pensar que él debe de ser muy sensual para desencadenar toda esta serie de actos.

Sin embargo, la escena no se produce de esa manera porque no accede a pagar quien se acercó, y además exige que el *partenaire* manifieste un deseo homosexual. Alejandro pide algo imposible en la medida en que el

otro persigue tan sólo una satisfacción en el terreno narcisista. Y para lograrlo está dispuesto a todo, como es exhibir a Alejandro (por ello llama a la policía). Si está “cerrado”, adjetivo que aplicamos desde la perspectiva de las propuestas de Guillermo Núñez, no es porque no se raje en el sentido del ensayo de Paz (por otro lado, caduco, racista, retórico). Está “cerrado” en una posición narcisista. No le importa el otro, no le importa un placer orgásmico. Le importa que el otro le devuelva una imagen magnificada de sí mismo. A la postre, éste es el tipo de erotismo posmoderno, un erotismo que excluye al otro. El encuentro en el baldío está atravesado por la homofobia, de eso se trata y es por homofobia que ambos personajes no llegan a una relación orgásmica y el encuentro resulta ríspido.

Por tratarse del breve espacio de una conferencia, Guillermo Núñez Noriega no pone en relieve los rasgos sádicos de la escena: el campo baldío iba a ser un campo de placer, y se transforma en una arena en la que se miden fuerzas. En lugar de escena erótica, se trata del enfrentamiento de dos personas; de un forcejeo¹⁵. En la historia parecería que a la postre quien pretendía ser el amo y señor, quien buscaba satisfacciones narcisistas sometiendo al otro, resultó ser quien resbala de su posición de poder y solicita auxilio a la policía. El homosexual no acepta doblegarse. No ve la relación sexual como el acto de un esclavo, ser pasivo no es ocupar el sitio del esclavo. El solicita una posición de involucramiento diferente. Pero el “heterosexual” (ese heterosexual sin nombre, yo no daría

carácter universal a esa escena) sólo puede entrar (aspira a entrar, sin lograrlo) a esa relación como Amo: le es imposible ver una relación en términos de igualdad. Es preciso que exista una relación disimétrica y que el otro sea el esclavo. No es que el otro sea *el* representante

de *la* heterosexualidad. Se trata de un sujeto que exhibe ser “heterosexual” y que desea ser Amo. Entre heterosexual y ser amo existe la misma distancia que entre homosexualidad y esclavitud. Se trata de ámbitos que pueden coincidir o no, pero que no son equivalentes. Mientras tanto, el supuesto heterosexual grita pidiendo auxilio y se pone en ridículo, en la posición de una señorita pudorosa decimonónica que al no poder defender su pundonor tiene que gritar para que acudan a salvarlo las fuerzas del orden. Es sintomático que en esta escena no intervenga la sociedad más que uniformada, con la apariencia de la policía. Nuevamente el homosexual sería acusado, aunque no se sabe bien a bien de qué. Lo importante, parece ser, es que esté en culpa y que en cualquier momento puedan inter-

venir las fuerzas punitivas de la sociedad sobre alguien que ha sido etiquetado como puto.

Por último, Guillermo Núñez Noriega tampoco hace alusión a que todo se produce en un terreno baldío, en un sitio poco probable para que florezca la hetero/homofilia que predica en el artículo. Lo que buscaba el narrador no era a un hetero/homófilo, ni el “heterosexual” buscaba a un hetero/homófilo. Ninguno de los dos sabe que estas opciones existen en el gabinete del investigador. Sin embargo, es Alejandro quien sacude el tapete al “heterosexual” anónimo al negarse a pagar, al defenderse y darle golpes. La historia tiene un final feliz: no se trata más de una escena en solitario, ni de un baldío situado en el margen. Se trata de la arena en la que sin que se quiera conscientemente, está plantada la comunidad gay, donde el objetivo es desactivar el engolosinamiento en la posición de poder. Es cotidianamente, cuestionando, no cediendo, ganando



¹⁵ A pesar de que el tacto se reduce a muy poco, con Leo Bersani tendríamos que reconocer de todas formas el erotismo de la escena (erotismo en el encuentro, en el duelo verbal y físico, en la narración, en los efectos de la narración para el narrador que logra poner en ridículo a un supuesto machín, incapaz de defenderse solo en la arena). Una sexualidad no orgásmica cuyos dividendos son también discursivos. Cfr. *¿El recto es una tumba?* (Edelp, Tucumán, 1999).

cada una de las batallas en donde hay posibilidad de distender la tan difundida pulsión homofóbica.

Habría que señalar que en ese acto de homofobia que se desprende del testimonio de Alejandro, los dos protagonistas, el propio Alejandro y el “heterosexual”, ven frustradas sus expectativas¹⁶. Ni el “heterosexual” saca los pingües beneficios que esperaba, ni el narrador encuentra una experiencia sexual que es lo que esperaba como un inicio hacia otra cosa, si tenemos en cuenta el contexto de homofilia/heterofilia en que se evoca este testimonio. Estas expectativas defraudadas, dan origen a una confrontación. La expectativa “heterosexual” es particularmente usurera, quiere ganar todo y por ello su lógica consiste en arrasar, su estrategia es devastadora porque no da nada a cambio. Se presenta con señuelos. Esto pone en evidencia la manera en que se estructura una de las escenas típicas de la homofobia. En este testimonio se puede descubrir el narratema de la violencia homofóbica en la que interviene un mayate travestido en lobo en espera de una presa que haya tomado un atajo en el bosque (este es el argumento de *Dulces compañías* de Oscar Liera; es el desenlace de la muerte de Pasolini...). Desde mi punto de vista, la rapacidad del varón-homófobo-heterosexual, joven de clase social baja, poco tiene que ver con la ansiedad y miedo al otro homosexual que generarían un ataque homofóbico, como lo sustenta Guillermo Núñez Noriega en la primera parte del artículo. Este narratema permite apreciar una manera de actuar muy extendida en la sociedad¹⁷:

El caso de Iván, golpeado por la misma persona que anteriormente había rechazado (p. 5) demuestra también la contrario a la definición de homofobia de

Núñez.¹⁸ El golpeador anónimo no mostró ni ansiedad ni temor al expresar sus pulsiones amorosas. Posteriormente uno podría avanzar la hipótesis de que no es que le moleste el haber sido rechazado, y castigue en cambio a quien lo rechazó. Uno tiene la impresión que es más bien para evitar que lo denuncie, que lo exhiba, el móvil por el que se decide a golpear primero, como un acto amenazador y medida protectora. A la postre, calcula que siempre tendrá más crédito él que el homosexual reconocido porque explota el prejuicio de que sería el homosexual el que seduce y acosa a los pobres heterosexuales (icuriosa inversión de los términos!, nada raro como mecanismo de defensa). En el testimonio de Alejandro, el “heterosexual” anónimo no tiene deseos homoeróticos (en el sentido de Núñez); cuenta más bien con un proyecto narcisista, sadista y económico: un erotismo no orgásmico.

Con estos comentarios, a lo que apunto es a afirmar que hay homofobias, es decir, diversas formas de perseguir al gay sin pretender reducirlas todas a una razón: la homofobia debe ser también considerada en cuanto a clase social, edad, sexo, lugar, raza, nivel sociocultural. No solamente se basa en el temor y un miedo, como lo señalan Núñez y Lefevre, aunque la homofobia se trate también de eso, sino que puede ser también en no pocos casos, una forma astuta, una actitud fría y calculadora de sacar ventaja. Colocarse en una posición rapaz frente al otro tiene los efectos demole-dores que lamentablemente conocemos en el nivel de la estadística, la violencia, la risa, la ironía, la injuria de la que Guillermo Núñez Noriega no quiere saber porque es lo que abunda.

Imposible disentir de la propuesta de Guillermo Núñez Noriega sobre la necesidad de pensar nuevas formas de analizar la homofobia, y en la necesidad de que hay que encontrar una salida al abordaje de la homofobia que no sea el de las estadísticas. No coincido con su optimismo de que desaparecería en un futuro cercano, sobre todo a partir de nuevas actitudes que él observa en la juventud. La suya me parece una

¹⁶ ¿Cuál es el sitio de la denegación en esta historia? ¿Cuál es la relación entre homofobia y denegación? Todo pasa por aquí y la homofobia continuará como un continente poco explorado mientras no haya estudios desde esta perspectiva.

¹⁷ En el artículo, la homofobia es definida en efecto como “el temor, la ansiedad, el miedo al homoerotismo, hacia el deseo y el placer crótico con personas del mismo sexo.” Y agrega “es la práctica, socialmente regulada y avalada de expresar ese miedo y ansiedad con violencias.” No pongo en duda esta definición general, sin embargo, no es operativa en casos comunes y corrientes. Por lo cual, la homofobia tiene que ser entendida desde un plano conceptual amplio al mismo tiempo que esas definiciones tienen que ser confrontadas con el caso particular.

¹⁸ Habla Iván: “la primera vez [que sufrí agresión física] una persona me golpeó porque no quise estar con él; porque lo rechacé sexualmente. Después lo vi con su novia y, al verme, dijo: “cómo me caen gordos los putos” y me golpeó. (p. 5).

conclusión poco realista, lo cual se enunciaba desde el principio del artículo, cuando en un intento por sobrepasar la benevolente tolerancia que adorna a quien la practica, Guillermo Núñez Noriega agrupa por una parte tolerancia y diferencia y por la otra amor y unión en algo con ecos de las propuestas reivindicatorias seseitaiochescas, de los hippies, por ejemplo. Todo ello es polémico. En el mencionado artículo de Patrick D. Hopkins donde termina afirmando que desea traicionar al género, se señala que:

Homophobia is not a social prejudice (on the xenophobic/minoritarian model) than can be eliminated by education or tolerance training. It will not be eliminated just by persuading people to be "more accepting." While these approaches may be helpful, they do not get at the basis of homophobia –binary gender systems and heterosexism. (p. 182)

Masculinizar la gaydad como estrategia reivindicatoria (¿misógina?)

En "Reconociendo los placeres, desconstruyendo las identidades: Antropología, patriarcado y homoerotismo en México", Núñez Noriega muestra sus reservas frente a la terminología en los estudios sobre los homoerotismos (Carrier, Almaguer, Herdt, Alonso, en particular la descripción que considera que en México hay dos sistemas, uno tradicional de influencia mediterránea, y difundido en las clases populares que se manifiesta en la oposición pasividad y actividad, y que remite a poder/sometimiento, junto con el sistema noreuropeo de gaydad, extendido en las clases medias urbanas, articulado en relaciones de igualdad) para proceder después a una descripción con una nueva terminología, no importada, sino local, de lo que sucede en Sonora. Habría que precisar en primer término que no se trata de homoerotismos como lo señala el título, sino de un caso particular, el del Noroeste, que ilumina otros casos, otras regiones. ¿Cómo aparece el sexo entre varones bajo esta nueva luz, con los términos que utilizan los mismos involucrados para hablar de su experiencia? No hay

duda de que llamar a las cosas por su nombre, por los nombres originales, empleados realmente, sin recurrir a importaciones, abre perspectivas. Sin embargo, esos nuevos términos exigen un comentario al menos, en especial sobre el punto de articulación del que surge esa terminología. De otra forma, con una aceptación acrítica habría un efecto especular que impediría ver un más allá. Además es preciso situar este nuevo discurso, poderosamente propositivo, en un contexto más amplio. Aunque sin labor de campo, desde un punto de vista antropológico, que yo pudiera oponer a la argumentación de Núñez Noriega, los comentarios a este texto resultan limitados.

En primer lugar, no es lo local por sí mismo un valor absoluto, hay que relativizarlo a la luz de lo que ocurre en otras partes del país, en el que esa experiencia puede resultar diferente. En el estudio se dice que "la antropología del homoerotismo no debe conformarse con registrar la convención social." (p. 267) Las palabras sobre las que se centra la exposición de Núñez Noriega y que necesitan un comentario son "cotorreo", la obsesiva insistencia en la masculinidad en los testimonios sobre experiencias homoeróticas, así como el hecho de que quienes practican el sexo entre varones se rehúsan a utilizar la palabra gay u homosexual para nombrar su experiencia, a fin de cuentas palabras ajenas y sobre las cuales pesa en mayor o menor grado efectos estigmatizadores.

Los esfuerzos de Núñez Noriega se encaminan a ver a la homosexualidad de una manera en la que no esté anclada, circunscrita en la sexualidad lo cual apuntaría a "el desaprendizaje de convenciones dominantes de masculinidad y la elaboración de nuevas formas de ser hombre" (p. 284). Señalar que no se trata de una cuestión en la que lo más relevante es quien penetra a quien, y quien es penetrado por quién, automáticamente lanza la interrogación sobre la homosexualidad por un derrotero que no se detiene en lo somático. En el caso de los gays, o de los cotorreadores, como sucedió con los indios en los siglos xv y xvi hay que subrayar que ellos –nosotros– también tienen –tenemos– alma. A este respecto hay que introducir una apostilla a la problematización sobre la nominación homosexual/gay. Gay tiene la ventaja de referirse a un grupo de personas sin poner en primer plano el término que los

nombrar por su sexualidad. La conclusión a la que llega Núñez Noriega es elocuente: “También nos ha permitido reconocer al campo de relaciones homoeróticas como un espacio de constante desordenamiento de ideologemas sexuales y género patriarcales.” (p. 284)

El esfuerzo por una nominación diferente viene acompañada de éxitos tangibles: la terminología de los testimonios permite burlar mecanismos estigmatizadores: “Al nombrar el deseo como “cotorreo”, se resiste el poder nominativo y de distinción del patriarcado.” (p. 277). No obstante, no debe perderse de vista que este término es producto de la represión, de un esfuerzo eufemizador que remite a un conflicto discursivo (quizá en el fondo de todo esto se encuentre una fuerte denegación).

La administración de la palabra en las relaciones homoeróticas, que describe Guillermo Núñez es peculiar. Lo que se hace no debe saberse, no hay que hablarlo, y parecería que no hay que permitir que se prolongue, dando paso a una relación. Al menos en un caso, el de Francisco, es preciso recurrir a una amenaza de muerte para impedir su difusión, “cualquier cosa que hagamos juntos se queda nomás entre nosotros, pero si te rajás, te mato” (p. 279). Por lo tanto, hay que silenciar la relación homosexual: “si hablas te mato”. En semejante intento de descripción es sorprendente el alto grado de represión que existe. Sólo se trata de un “cotorreo”, y al menos discursivamente eso implicaría que no puede verse como algo serio. En ese nivel, de lo pasajero, de lo fuera de lo asentado, o de lo que puede llegar a asentarse, es donde puede aceptarse la pulsión “cotorreadora”. Es necesario circunstancias muy especiales, el alcohol incluso (media docena de cervezas, como mínimo) para que se pueda dar; para burlar los mecanismos superyóicos de censura; para que pueda aflorar algo que no está destinado ni a la permanencia ni a la circulación dentro de la sociedad. El espacio afectivo, simbólico, es reducido y está rodeado por un alto monto de denegación, que vehicula la frase, “luego en el camino, como si nada hubiera pasado” (p. 272). Parecería como si la divisa fuera el no concederle ninguna secuencialidad ni al deseo, ni a la identidad, o a la construcción del rostro de la gaydad. Hay una división que separa la riqueza de las prácticas sexuales

de las palabras que lo nombran. Núñez Noriega apunta incluso que:

Se trata de una ausencia representacional que tiene implicaciones ideológicas y políticas importantes que fortalecen las tecnologías de poder del patriarcado, pues, por una parte, se silencia que existe una verdadera lucha al nivel de la representación, por el poder de representar la realidad social, en el campo de la sexualidad y las relaciones de género; y por otra parte, se silencia el carácter cultural y político de la definición y asignación de las identidades. (p. 280)

Por ello es necesario que los participantes no sé si sean particularmente masculinos, pero sí insisten en ello. La homosexualidad no es cuestión de femineidad, habría una verdadera fobia, y por lo tanto es preciso tener *apariencia* masculina para desde el abrigo que brindaría ese plus de masculinidad en el orden del semblante, quedar fuera de la sospecha, de la injuria. ¿Se trata de un mecanismo protector, que desencadena estrategias paranoicas, o de denegación?

Aunque parezca un juego de palabras hay que plantearse. ¿Qué hay en esa entrega pasiva del activo a un pasivo que en realidad es activo? Si el activo participara activamente en la relación sexual con otro hombre, cabría el riesgo de que ello delatara que en realidad le gusta, que está comprometido. Permanecer como pasivo le permite en cambio decirse que no es él quien promueve esa relación sino el otro, el pasivo, el joto, el que de todas maneras ya está estigmatizado. Y de esta forma estaría remitiendo la responsabilidad de esa práctica prohibida por el discurso patriarcal dominante. Habría que pensar los efectos estigmatizadores como una manera de comprometerse con su deseo y con una disposición para jugársela en la relación con el otro.

En el contexto del cotorreo, la gaydad vuelve a un *outside* permanente: pero también en el cotorreo hay un grado de autocensura, de mantener el deseo en un espacio *fuera de: fuera del* ámbito de la palabra, *fuera de* la sociedad, *fuera de* la política, *fuera de* lo público.¹⁹ La homosexualidad se queda como una tierra donde se

¹⁹ A este respecto habría que comparar esta estrategia discursiva del Noroeste de México, con el discurso heterosexual no

habla una lengua extranjera. Existe incluso un vocabulario qué aprender, fórmulas específicas para promover el contacto: “¿Qué ondas, no tienes ganas de cotorrearla?” (p. 277) En el monte, en el camino, aparece un lazo afectivo que desconoce el discurso imperante sobre la sexualidad, pero la práctica vedada de palabra, es una forma de aceptación discursiva y por ello las prácticas no reciben una nominación más directa. Se trata de mantenerlas bajo el cobijo del silencio: como si para entregarse a ellas fuera preciso una coartada. Es precisa la justificación del plus de masculinidad, el eufemismo, la denegación. Es necesario borrar cualquier índice de femineidad que pudiera aparecer.

Al leer el artículo de Núñez, lo primero que salta a la vista es el barroquismo de un discurso que se sirve de una serie de recursos retóricos para hablar de la experiencia sexual. La subjetividad se crea abrigada por la denegación, el eufemismo, la coartada, el desplazamiento, la hipérbole. Parece ser un discurso que tiene como síntoma un profundo malestar, una profunda inadecuación con los discursos heterosexual y gay prevalecientes. Y no creo que haya que excluir como causa de ello al peso de la censura:

La función del término “cotorreo” es evadir el campo de las identidades sexuales dicotomizadas y el estigma, colocando la práctica homoerótica en el campo de la aventura, de la hazaña cómplice, de la diversión, incluso de la “travesura”. (p. 277)

Habría que preguntarse si en los terrenos de la aventura, la diversión, la travesura, la hazaña, no remitirían más a lo deportivo, a lo infantil, lo cual resta la dimensión de duración, de seriedad, de consolidación, de legalidad y de seriedad a la relación afectiva entre varones: no veo en estos campos dónde queda la subjetividad, el afecto, el compromiso. A fin de cuentas, se quiere convertir en proeza lo que es estigmatizado, y

hegemónico, como las películas de Tykwer, quien desde *¡Corre Lola, corre!*, *La princesa y el guerrero*, *En el cielo* mantiene a sus protagonistas fuera de la ley, fuera de la sociedad. Sólo en la marginalidad florece la pasión amorosa, sea ésta heterosexual u homosexual.

allí se puede percibir la operación de un mecanismo de defensa que consiste simplemente en cambiar imaginariamente de signo lo que no puede admitir el sistema de valores.

La insatisfacción terminológica del autor se plantea como un espejo, *mise en abîme*, de esa insatisfacción en la práctica y la palabra de su corpus estudiado:

... en Nicaragua, un hombre puede tener relaciones sexuales con otro varón sin ser estigmatizado, siempre y cuando desempeñe en la relación anal el papel “activo”, de penetrador... (p. 267)

En primer lugar, esa aparente permisividad o apertura, supone una práctica discursiva específica: lo que pasa en la intimidad de la alcoba, debe ser acompañado por una actitud o un discurso no verbal que informe (y a la vez no lo haga) a la sociedad quién es el penetrado y quién el penetrador de tal manera que no haya lugar a duda, porque de haberla, eso desencadenaría un mecanismo estigmatizador. A fin de cuentas, se trata de una sociedad que está atenta a que se ejerza una sexualidad dentro de un binarismo que a pesar de ser aparentemente más permisiva que otros discursos prevalecientes, no deja de ser empobrecedora ya que reduce la sexualidad a penetrar, y la delimita en la analidad. El problema de la homosexualidad en la sociedad no pasa por una cuestión de permisibilidad, sino de una actitud no vigilante sobre la vida sexual. A la sombra de una actitud permisiva florecen marginalidades. Porque el que permite mantiene siempre el poder, es siempre el patriarca.

A lo largo de los testimonios hay una preocupación por subrayar la masculinidad para despejar la asociación mecánica gay/afeminamiento. Si atendemos a los testimonios, el cotorreo podría definirse como una intimidad entre varones construida en primer lugar verbalmente, y después con caricias, con un acercamiento en el que hay ternura, puede haber o no sexo, penetración. En algo que parecería como un afán por la corrección sexual, se trata más de relaciones de manita sudada, que de *partners* que persigan placer genital, o el orgasmo. Si por una parte hay un esfuerzo por adecentar esos encuentros íntimos, por la otra hay

una represión que se dibuja como rechazo a la relación sexual, que puede muy bien venir de un afán de salir del alcance del estigma social. Ellos no tienen una gran libertad en cuanto a su cuerpo: unos no permiten los besos, otros no permiten que se les toquen las nalgas: esa actitud protectora hacia sus orificios reduce a un soma a ciertas zonas: de tal forma la marca de lo prohibido hace que estalle, que se vuelva fragmentario el cuerpo. Es en esta contención sexual en donde se puede apreciar la fuerza de la represión y la manera en que el cuerpo masculino queda particularmente reducido en el terreno sexual. Se le puede ver, pero no tocar, puede ser objeto de exhibición y voyeurismo pero no hay que tocar o penetrar ese trasero espectacular que refiere Martín. En su testimonio, se insiste por lo menos dos veces en la apariencia masculina. Por otro lado, en el momento de mayor acercamiento de los cuerpos se produce la evocación de la esposa del otro, ámbito femenino al que se le roban momentos; y se hace una comparación sesgada que tiene como objetivo poner más alto el placer homoerótico. Ese terreno del homoerotismo aparece en ese testimonio nuevamente como algo fugaz, no como algo permanente. Esa relación corporal homoerótica se produce como corolario a un sinceramiento. ¿Acaso los problemas en la pareja heterosexual, que no se precisan, se solucionarían con un acercamiento homoerótico —o todo es coartada? En todo caso, habría una oposición entre el carácter problemático de la relación estable, con el carácter placentero del acercamiento fugaz; problema con la heterosexualidad y el placer homosexual.

Aunque Núñez Noriega insiste en que no expone los testimonios para estimular la imaginación sexual de los lectores, como de costumbre, las palabras de Martín, Saúl, Noé, Javier y Francisco, que refiere Núñez Noriega son atinadas, elocuentes y hacen que la imaginación de un habitante de la ciudad de México sienta nostalgia por esos contactos tan apasionados que revelan un compromiso muy fuerte, de sí mismo y del otro, mismo que lo explicita Francisco diciendo “no olvides que estoy confiando en ti” (p. 279). Uno de los logros del antropólogo es hacer sentir al lector la distancia que existe entre la elaboración teórica y las experiencias tal como la relatan los entrevistados. Los poderes narrativos de Núñez Noriega radican en su

manera de exponer críticamente una bibliografía, al mismo tiempo que propone con su trabajo de campo nuevas perspectivas: el relato armado con todo ello tiene un elemento adicional que abre a una dimensión de la seducción y que apunta a un trasfondo personal, a una sospecha de que habría una confesión autobiográfica: “yo soy muy hombre Guillermo, yo sé como ser un buen amigo, y la podemos llevar a toda madre, tranquilos, pero si me invitas a hacer algo, lo que sea, lo que sea... y me conviene hacerlo, le entro...” y luego le dice que “voy a estar contigo hasta la muerte”, en esas entrelíneas el lector adivina un romance, estrategias de seducción mezcladas a la investigación, una postura académica incluso en la intimidad: esto como un modelo posible de los estudios de género en que el investigador se coloca de una manera *sui generis* en el campo de estudio, comprometiéndose él mismo en ese juego de seducción, en el que el investigador está fuertemente investido en una red de deseo: de tal forma el deseo ya no es deseo de pene: es un deseo escrutador, es una investigación incluso sobre sí mismo.

“Voy a estar contigo hasta la muerte”, dice Francisco: pero ¿de qué naturaleza es ese estar? ¿De manera fugaz? ¿amordazadamente, sin poder expresar ese compromiso tan profundo? ¿En el monte?, ¿en la noche? ¿en un camino apartado? ¿Voy a estar contigo mientras no haya testigo alguno?, ¿voy a estar contigo al margen de la sociedad? ¿Voy a estar contigo mientras no esté con mi esposa, mis hijos, mi trabajo, y un largo etcétera?

La gayomaquia

Para estudiar la articulación social de gaydad y heteronormatividad, Guillermo Núñez elabora un relato en el que se enfrentan como el título lo anuncia, poder y resistencia. En la vertiente del poder se coloca el discurso heterosexual, en el eje de la resistencia se encuentran paradigmáticamente consumismo y homosexualidad. Expresaré otra reserva a *Sexo entre varones: poder y resistencia en el campo sexual* (UNAM, 2000): Habría que preguntarse si la homosexualidad es una forma de resistir, en cuyo caso, la homosexuali-

dad sería entonces una resistencia discursiva a una hegemonía también discursiva. Particularmente no me siento armado teóricamente para redargüir ese relato armado con las reflexiones de Butler, Weeks, Bourdieu, Foucault... una plana mayor que crea un efecto de autoridad. Y sin embargo, yo no me concibo como un resistente, y mi experiencia vital no fue guiada ya no por la conciencia de la resistencia, sino por la inconsciencia de esa resistencia: por otra parte, en mis años de diván nada salió a ese respecto. Siento que el estatus de la homosexualidad, *vis à vis* de la heterosexualidad es de otra naturaleza. (Y sobre todo porque no encuentro que la heterosexualidad exista, pero este rollo requiere de espacio y otro momento).

Desde mi experiencia, he de decir que después de la hecatombe del sida, después de la década de los noventa, yo no cuento con la energía para oponerme a algo tan abstracto como el discurso heteronormativo-hegemónico: la energía está absorbida en todo caso en tramitar un duelo, que no podemos desconocer, y para hacer un balance de dos décadas que fueron únicas en la historia de la comunidad y de la sociedad occidental. Yo utilizaría la energía para pensar o imaginar lo que pudo haber sido, y lo que fue, lo que rozamos, las consecuencias y responsabilidades que tenemos frente a la casi desaparición como comunidad, para contar las pérdidas pero también para recoger, preservar y difundir la obra inmensa de todos los que se fueron. Mi impresión es que la homosexualidad ahora es vivida desde otra perspectiva, por lo menos por la gente gay de mi generación. Quizá el discurso hegemónico siga imponiéndose con la misma violencia, no lo sé, pero esa violencia, siento que ya no me concierne, ya no me importa ahora la injuria, o las tentativas de exclusión, frente a la magnitud de la pérdida. Yo no soy resistente, por el contrario, me siento superviviente²⁰. Y la dinámica de alguien que atraviesa por este trance, quizá esté muy marcada por la culpa, pero también por la euforia de haber sobrevivido —hasta este momento. Históricamente recordemos que después del calamitoso siglo XIV, época de peste, hambre y guerra, vino el esplendor del Renacimiento. Me queda esta especie de

consuelo y esperanza en que el futuro traerá algo mejor de estos años oscuros por los que atravesamos...

Por otro lado, me parece insuficiente el establecer un discurso hegemónico documentándolo exclusivamente con el discurso eclesiástico, tal como aparece en *El imparcial*, el diario sonoreense multicitado en la primera parte de *Sexo entre varones*. Sin duda, ese discurso eclesiástico, y el diario señalado, son órganos fundamentales tanto de creación como de difusión de un discurso que ensalza la heterosexualidad predominante y paralelamente llama a la persecución de los marginantes. Sin embargo, hay algo más que quiero subrayar basándome en una constatación que puede parecer obvia: el homófobo de la esquina no está esperando las publicaciones de la iglesia, no espera la hoja parroquial de la semana para proferir injurias zahirientes a la vestida, a la loquita que pasa. Es más, el homófobo, por lo menos no todos, no va a la iglesia y una gran parte del machismo es atea e iconoclasta; por el contrario, son los gays quienes están en la iglesia, como también lo demuestran los últimos escándalos en los que se han visto involucrados los dignatarios eclesiásticos del mundo entero, principalmente en EU.

Por otra parte, en *Sexo entre varones: poder y resistencia en el campo sexual* se eleva al discurso consumista, colocado éste último al lado del discurso homoerótico, a la categoría de hereje. En realidad, la publicidad es tan sólo una proyección de las fantasías más enraizadas en la élite. Yo por el contrario vería en esta falta de concordancia entre el discurso eclesiástico y el discurso de la publicidad una forma de doble discurso. No hay herejía en la publicidad. La coexistencia de ambos en la sociedad, se debe desde mi punto de vista al equilibrio paradójico de esta dimensión esquizofrénica, que está documentadísima hasta el grado que el título de la película húngara *Vicios privados; virtudes públicas*, se ha lexicalizado de una manera sorprendente. Desde mi punto de vista, en la sociedad mexicana contemporánea, no se hace caso a ninguno de los dos discursos (ni eclesiástico, ni publicitario) para normar la vida. Se invoca el primero con aspavientos de anatema y revuelo de sotana, pero no se le respeta (si no díganme cuál es el índice de la gente que entrega el diezmo en su parroquia tal como se pide domingo a domingo en la misa); el otro, con apetencias de libertades más

²⁰ "Jusqu'ici tout va bien" se dice al final de la película francesa *La Haine*.

fantaseadas que auténticamente deseadas. En realidad, ambas formas discursivas no son respetadas. Imposible afirmar que México sea el país más católico en el planeta, o que la gente se comporta de acuerdo a las normas dictadas desde catedral: el número de hijos fuera del matrimonio, el de abortos; la masa flotante de niños de la calle y la desbordante población ceresera, o el hecho de que en México se haya asesinado a un príncipe de la Iglesia, a un cardenal acusado de lavado de dinero, ya revela la falta de piedad de la sociedad.... ya nos revela la ineficacia tanto de un discurso que promete la felicidad del más allá; como la inanidad de la propaganda de la felicidad del aquí y el ahora (que no desborda el grotesco set televisivo). Por otro lado, la sociedad no se comporta tampoco de acuerdo con el discurso consumista: simplemente porque los microsalaris no se lo permiten. De hecho, se trata de dos discursos que excluyen a la mayoría de la población en México aunque le permite vivir de la fantasía y acercarse a la satisfacción sólo por la vía alucinatoria. Parece obsceno que en un país miserable como el nuestro, se despliegue un lujo oriental en los escenarios de los programas con mayor audiencia. Y sin embargo, el efecto de ese discurso del consumismo es anestésico y letárgico.

Yo personalmente, me niego a dar el adjetivo de hereje al discurso consumista, siendo que éste es una forma pervertida, sometida a intereses comerciales, y por lo tanto de crear apetencias desmedidas, sin verdaderamente transgredir, porque si lo hiciera no se le prestaría atención y no cumpliría su función. Si queremos dar oído a las afirmaciones de Guillermo Núñez, habría que concluir que el discurso hegemónico se genera desde dos focos de perversión. Pero ambos tienen en común que esos discursos están basados en la ausencia de verosimilitud, en la mentira. Hasta donde sé, no se pide acta de matrimonio a la entrada de un hotel, por más que ese sea el deseo de los torquemadas de pacotilla que nos gobiernan y que documenta meticulosamente Guillermo Núñez. Ni ellos mismos respetan esas normas, la pruebas son los escándalos sexuales que se suceden día tras día y que alcanzan a los más altos dignatarios de la iglesia no sólo en México, sino en la aldea global. Por otro lado, la gente ve con sumo placer las producciones judías que desacreditan a la iglesia

católica: películas como *Liam*, filmes de terror, abiertamente anticatólicos registran fuertes entradas.

Hasta qué punto sería productivo estudiar la distancia entre palabra y acto; entre discurso y acción en la sociedad mexicana contemporánea: ¿la Constitución se cumple?, ¿se cumplen los programas políticos?, ¿qué -de todo lo que se dice-, es lo que se cumple? ¿A qué distancia entre palabra y acción estamos acostumbrados? Un escándalo como el del reemplazamiento en otro país hubiera hecho caer al gobierno citadino; una oposición como la que había a un secretario como Castañeda, lo hubiera precipitado de su puesto mucho antes de que fuera removido.

En contraste con el hecho de que México es una sociedad en la que existe un fuerte desajuste entre palabra y acto, en el caso del homosexual, allí sí las injurias, toda la panoplia con que cuenta la homofobia, allí sí funciona. Es realmente aterrador que en el vértice de la homosexualidad coincida la injuria y la persecución o el linchamiento verbal.

Dicho esto sobre el marco teórico, he de señalar que los testimonios citados por Guillermo Núñez son verdaderamente conmovedores. Son testimonios de auténticos linchamientos: un travesti lapidado en la adolescencia; uno cuenta su sentimiento de culpa, “yo pensaba que era terriblemente malo...” y se pregunta: “¿quién será tan perverso como yo” (p. 139) otro más define su sentimiento de aislamiento, otro hace una síntesis conmovedora: “Definitivamente esa etapa de la niñez fue una de las más horribles.” Proceso que culmina con una apropiación exultante: “mi vida es mi vida y mi cuerpo es mi cuerpo”: esta tautología revela la inexistencia de otras palabras en esta experiencia especular tan profunda y, al mismo tiempo, la declaración solipsista mide la distancia de ese ser fracturado que ahora se apodera de cada una de las palabras que pertenecían a todos menos a él: porque en el principio el homosexual es un ser sin palabra: “No es de mi familia —prosigue el testimonio—, ni de la Iglesia, ni de la sociedad, ni de los vecinos, ni de mi amante. Es mío.” (p. 170) Este testimonio no se alza para oponerse discursivamente a nada. Es toma de conciencia que, a su vez, es toma de posesión de sí mismo, y toma de la palabra. Otro concluye diciendo “Vale más ser puto y no vivir lleno de angustia.”

La aceptación cambia la angustia por la fuerza y por medios para soportar cualquier eventual agresión.

Guillermo Núñez es un maestro para obtener a través de la entrevista esos testimonios tan patéticos, tan sinceros, tan enterrados tras un gran monto de represión. El investigador teje sus hipótesis hilvanándolas muy emotivamente con esas palabras tan fuertes y verídicas: el lector no puede sino cimbrarse frente a ello. En *Sexo entre varones: poder y resistencia en el campo sexual* es evidente que la intuición del autor y los testimonios recavados, ese material humano aparece en carne viva, con acentos de un sufrimiento más doloroso en la medida en que no había sido expresado, mucho menos escrito, y que fue recavado ciertamente con una gran disciplina de la que da prueba ampliamente el autor y con algo más que pertenece al orden de una persistencia que no se detiene ante lo que podría juzgarse como demasiado evidente: su objetivo era caracterizar todo un mundo que ha estado cubierto por mil y un velos: el velo del silencio, el velo metálico de la censura, por el velo casi intangible del desconocimiento; por el velo más aterrador porque es el de los mismos homosexuales que no se atreven a retirarlo, y a asumir lo que ese sufrimiento oculta, para aquilatar la riqueza cultural que todo ello entraña: es justamente de esa vergüenza como bien lo señala el autor, en donde tiene su origen la energía creativa, uno de los rasgos distintivos que imaginariamente se atribuye la comunidad gay y que concretamente se ha transformado en lo que se ha llamado, desde que la comunidad ha decidido tomar la voz, en la cultura gay de la Nación Queer.

En este sentido, el libro de Guillermo Núñez es trágico: trágico por esos testimonios, trágico por ese silencio, trágico por develar ese sufrimiento. Y utilizo el adjetivo trágico para referirme a la dimensión catártica: ciertamente ha purgado emocionalmente a quienes emitieron esas voces que quedan sin nombre y apellido, ha purgado también al autor que ha padecido toda una catarsis con la escritura, y finalmente ha purgado al lector que no puede leerlo sin lágrimas. Después de tal catarsis uno queda exhausto y con mucho apetito...

¿A quién le importa lo que yo haga?
¿A quién le importa lo que yo diga?
Yo soy así. Y así seguiré
¡Nunca cambiaré!

Repite Alaska.

Bibliografía

- Alaska, "A quién le importa" de C. G. Berlanga e I. Canut (1986), en *Delirios de grandeza*, EMI, Madrid, 1996. 3:24 min.
- Bersani, Leo, *¿El recto es una tumba?*, Edelp, Tucumán, 1999. 72 pp.
- Dictionnaire des cultures gays et lesbiennes*, Larousse/VUEF, París, 2003.
- Didier Eribon, *Reflexiones sobre la cuestión gay*, trad. de Jaime Zulaika, Editorial Anagrama, Barcelona, 2001. 522 pp.
- Didier Eribon, "Somos raritos, aquí estamos", trad. de Carlos Bonfil, en *Letra S*, 2 de octubre de 2003.
- Jiménez, Rebeca, "Los cuestionan sobre sexo al pedir empleo", *El Universal*, 18 de septiembre de 2003, ciudad, p. 3.
- Marquet, Antonio, *¡Que se quede el infinito sin estrellas! la cultura gay a fin del milenio*, Universidad Autónoma Metropolitana-Azc., México, 2001. 606 pp.
- Medina, Antonio, "Queer: la seducción de la diferencia", (entrevista con Héctor Domínguez Ruvalcaba) en *Letra S*, 2 de octubre de 2003.
- Núñez Noriega, Guillermo, *Sexo entre varones: poder y resistencia en el campo sexual*, UNAM, México, 2000.
- Núñez Noriega, Guillermo, "Reconociendo los placeres, desconstruyendo las identidades: Antropología, patriarcado y homoerotismo en México", en pp. 265-286. Material distribuido en el Seminario de Investigación sobre Homofobia, dirigido por Gloria Careaga en el PUEG, UNAM, 2003.
- Plummer, David, "Policing manhood: new theories about the social significance of homophobia", mecanograma inédito, distribuido en el Seminario de Investigación sobre Homofobia, dirigido por Gloria Careaga en el PUEG, UNAM, 2003.

